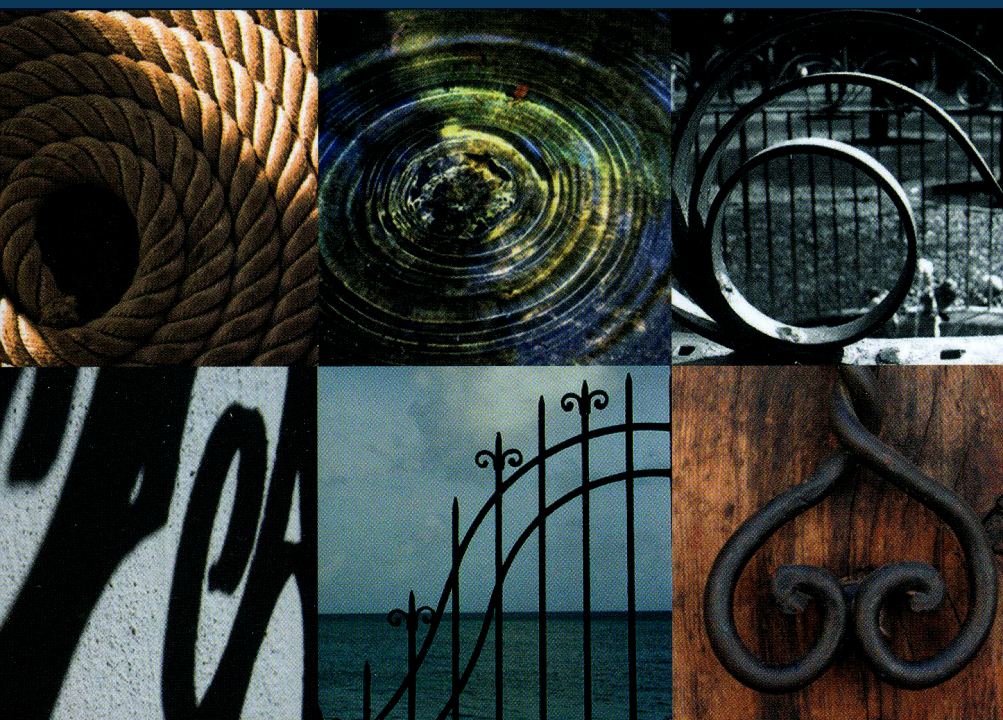
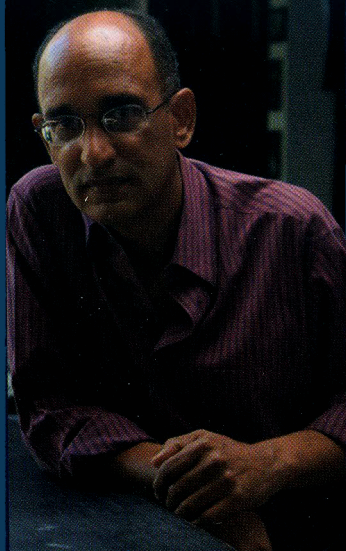


CONJUROS

y otros microcuentos



Carlos Enrique Cabrera



Carlos Enrique Cabrera (La Vega, Rep. Dominicana) estudió Filología Hispánica en la Universidad Autónoma de Madrid (España). En 2001 creó la revista cultural *Caudal*, que bajo su dirección dio a la luz 29 números. Ha publicado cuentos y ensayos en diferentes medios y los libros *Reflexiones de bolsillo* (2002) y *Tiempos difíciles: ensayos sociales, culturales y filosóficos* (2010), así como la obra de didáctica de la lengua *Español universitario* (2006) y la de información turística *Ciudad Colonial Santo Domingo* (2012). Mantiene varios blogs: *Conjurors* en “La Comunidad” del diario madrileño *El País* y en Blogger el personal *Carlos Enrique Cabrera* (CEC), el promocional de la revista *Caudal* y el educativo: *Español CEC*. En la actualidad es profesor a tiempo completo del Área de Ciencias Sociales y Humanidades del INTEC.

Conjuros y otros microcuentos

Conjuros y otros microcuentos

CARLOS ENRIQUE CABRERA

Instituto Tecnológico de Santo Domingo
Santo Domingo, 2013

Cabrera García, Carlos Enrique
Conjuros y otros microcuentos / Carlos Enrique Cabrera . — Santo Domingo : Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 2013
67 p.

1. Cuentos dominicanos 2. Literatura dominicana I. Título

RD863.44
C117c

CEP/INTEC

© ©2013 INTEC
ISBN: 978-9945-472-22-6

Cuidado de edición:
Fari Rosario

Diseño de la cubierta:
Norma Cabrera Macías

Foto de la solapa:
Thiago da Cunha

Ilustraciones del texto:
Kilia Llano

Composición y diagramación:
Ludwig Medina

Impreso por Editora Búho, S.R.L.

Impreso en República Dominicana

Contenido

Creación	1
Jinete	2
Previsión	3
Sueño realizado	4
Años perdidos	5
Corazón	6
El amante	8
El grito	9
Mirada (I)	10
Juego	11
Desalojo	13
El escritor	14
Perdido	15
Cita	16
Nick	17
Fantasma	19
Diluvio (I)	20
Relato	22
Diluvio (II)	23
Mirada (II)	24
Idilio	25
Quinteto	27
Revelación (I)	28
Días felices	29
Conjuros	30

Revelación (II)	32
Encuentro (I)	33
Cuadro	34
El otro	36
El mejor de los cuentos posibles	37
El arquero	38
Astro rey	39
Los ojos del amo	41
Quiebra	42
Olvido	43
La cena	44
Retorno	45
Encuentro (II)	46
Intolerancia	48
El lector	49
Novios	50
La escalera	51
Llave	52
Sombra	53
El pianista	55
Ajuste de cuentas	56
La llamada	57
Única línea	58
Persecución	59
La cabeza en su sitio	60
La tarea del héroe	62
El taxista	63
El trompetista	64
Calor	65
Huésped	66

*...escribir es eso, abrirles los postigos
y que entren...*

JULIO CORTÁZAR

Creación

SUBES las escaleras y llamas a la puerta. Si nadie la abre: tumbala. Si una vez dentro no encuentras a quien buscas: créalo. Una vez lo hayas creado: mátalo.

¡Para eso te he creado!

Jinete

—¡HERMOSO corcel! —exclamó el jinete, fusta en mano, decidido a montarlo. Afincaba ya la recia bota en el estribo cuando descubrió atónito —¡demasiado tarde para reaccionar!— que el soberbio animal había tomado idéntica resolución con respecto a él.

Previsión

REPICARON las campanas. Misteriosa conjunción de un paraguas y una gallina a las puertas de la iglesia. Sermón. Consagró el cura el pan, el vino, impartió la bendición. Concluyó la misa. De súbito, rompió a llover a cántaros. Todos los feligreses se empaparon hasta los huesos. Todos, menos uno: la previsorra gallina. Desde entonces nadie en el pueblo come —¡ni siquiera se puede nombrar aquí este plato!— *huevos pasados por agua*.

Sueño realizado

NO sabía cómo había sucedido, pero por fin ahí estaba el sueño de toda su vida realizado. Sin que mediara apenas esfuerzo por su parte: volaba.

Años perdidos

CONOCÍ a Ana cuando los dos cursábamos estudios de Derecho en una prestigiosa universidad europea. La más cálida amistad nos unió desde el principio. Solíamos quedar con asiduidad para conversar sobre lo divino y lo humano ante sucesivas tazas de humeante café negro. Un día descubrimos con asombro que ambos habíamos nacido el mismo año, el mismo mes y el mismo día; esto es, el primero de julio de 1952.

Tan singular y feliz coincidencia nos unió todavía más.

Pero hoy la edad de Ana sobrepasa la mía y por más que hago yo no logro dilucidar dónde se han quedado esos años míos.

Corazón

SI de algún modo pudiéramos definirlo sería con estas palabras: “Tuvo un gran corazón.”

En estos momentos, a meses escasos de su inesperado deceso, conversa animadamente en el Paraíso con un Ángel:

“Aquella noche el corazón me latía tan enérgicamente dentro del pecho que ya era en la boca donde lo sentía. Tan grande era la agitación que me embargaba que no conseguía conciliar el sueño. Desesperado, me incorporé en la cama, encendí el velador, cogí el libro que tenía sobre la mesita de noche y procuré leer.”

“La lectura siempre obró sobre mis nervios un efecto tranquilizador, casi balsámico. Pero esta vez no fue así. Todo lo contrario. Lejos de atenuarse, mi agitación se intensificó de tal modo que a los pocos segundos —lo viví con horror no exento de curiosidad y asombro— el corazón se me había salido del pecho en el que ya no cabía y ocupaba por completo la totalidad de la pieza.”

“En la madrugada ya había yo muerto.”



El amante

HABÍA más de cien soldados emboscados en la noche esperándolo. Cuantos caminos, senderos y veredas conducían al pueblo se hallaban rigurosamente vigilados. Con todo, Morel acudió puntual a su cita de madrugada con María. Luego —de acuerdo con el testimonio de fidedignos testigos presenciales— se reincorporó completamente ileso a su irrenunciable libertad de potro salvaje.

Todos en el pueblo alabaron su aguda inteligencia, su arrojo y coraje, su extrema valentía; todos menos yo que, por celos de María, lo había matado con mis propias manos hacía ya tiempo.

El grito

CUANDO el terrible alarido resonó en el corazón de la noche se incorporó en la cama sudoroso y espantado, queriendo determinar su procedencia. Casi de inmediato cayó en la cuenta de que lo había proferido él mismo en lo hondo de una pesadilla escalofriante.

Sentado en la cama y con los sentidos bien abiertos lo oyó de nuevo, esta vez con mayor claridad y nitidez que antes, a pesar de que ahora le pareció percibir que venía *como* de muy atrás y de muy lejos...

Entonces comprendió horrorizado que una parte esencial de sí mismo se había quedado atrapada en el sueño.

Mirada (I)

MIRÓ con tanta intensidad y concentrada atención a la bella mujer que su imagen terminó grabándosele en la retina. Desde entonces, mire adonde mire, no ve más que su dolorosa, insoportable ausencia.

Juego

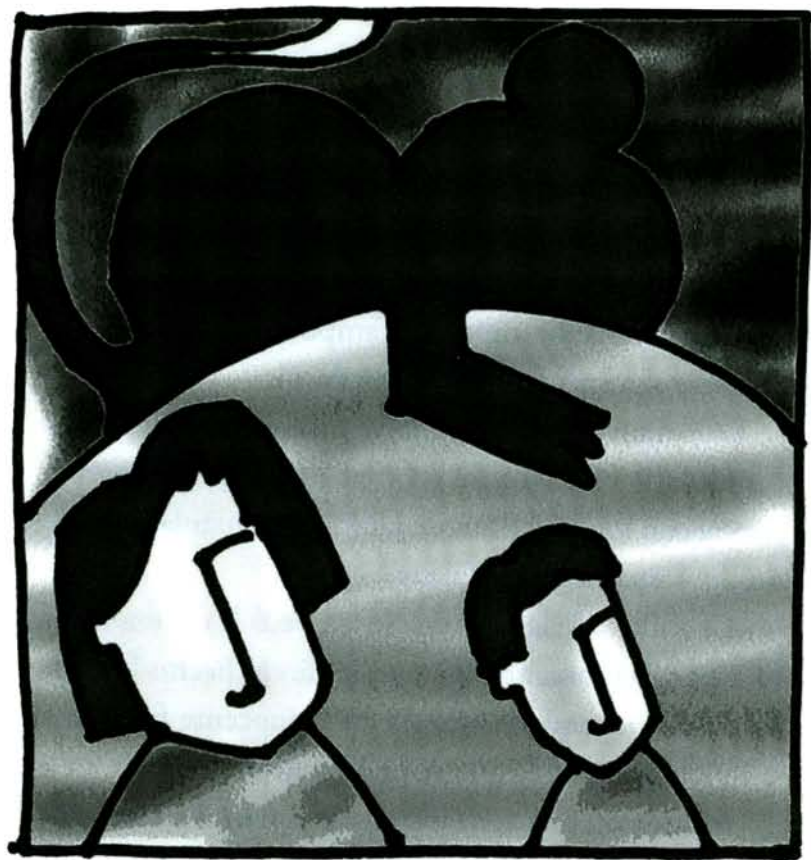
HABÍA una guerra. En el frente Sur, en primera línea de fuego, al sargento Prat: la desesperación y el horror, de pronto, le estragaron el sentido.

Ni siquiera alcanzó a comprender de dónde le llegaba aquel irrefrenable impulso. Tampoco se detuvo a interrogarse al respecto. Sólo lo obedeció.

Dejó a un lado la mochila, el fusil y el colt que llevaba ceñido a la cintura y se echó al suelo, donde jugó a la guerra con los soldaditos de plomo que guardaba consigo desde su más tierna infancia.

Cuando la bala enemiga le atravesó la cabeza de parte a parte el sargento Prat no le dio al hecho la menor importancia: aquello acaecía en la inocente fantasía sin consecuencias en la que se hallaba inmerso.

Murió con una apacible sonrisa infantil en los labios.



Desalojo

LUCÍFUGO. Que teme a la luz. ¿Cuáles son los seres que no la soportan, que la temen, que no la resisten? Enciendo la lámpara y huyen despavoridos a esconderse en sus laberínticas galerías subterráneas, siempre en perpetua oscuridad.

Mi madre dice a mi lado:

“Son ratones, hijo, son sólo ratones.”

Pero yo sé que la pobre miente para no intranquilizarme, que ella misma busca convencerse de que todavía podemos albergar alguna esperanza de continuar habiendo esta casa que ya no nos pertenece, que ya es sólo de ellos y de nadie más.

El escritor

NO lograba conciliar el sueño. Alrededor de las tres de la madrugada dejó la cama y se sentó a escribir ante su mesa de trabajo. Escribía con una soltura y una facilidad pasmosas, inusuales, como si alguien le dictara. El lápiz se deslizaba a gran velocidad sobre el papel. Las cuartillas se amontonaban vertiginosas sobre la mesa rellenas con su menuda y apretada caligrafía.

El escritor parecía haber entrado en trance.

Al alba dio feliz culminación a su trabajo.

Cayó entonces al suelo, muerto.

Había escrito la historia de su vida, en la que recogía el último insomnio padecido, el proceso de creación de su postrer obra, su propia muerte, acaecida con las primeras luces del día primero de julio de 1980, la elaboración, por un escritor desconocido de esta modesta cuartilla y la lectura de la misma muchos años después por un lector anónimo que no es otro que tú mismo.

Perdido

PERDIDO en el oscuro y sinuoso laberinto del sueño ya no supo más cómo regresar a la vigilia.

Cita

¿IRÍA a la cita? Aún no lo había decidido, todavía se hallaba indeciso. La verdad era que no le encontraba el menor sentido (ningún sentido, más bien) a aquel encuentro con Mariela. Tenía claro que todo había terminado entre ellos y que ya nada tenían que decirse. ¿Para qué entonces el reencuentro, cuál era el interés de la muchacha en verlo de nuevo después de la violentísima, traumática ruptura?

Pero al final se decidió a acudir. Más que nada por inercia y algo —tenía que confesárselo— de curiosidad. ¿Qué querría la muchacha, cuál sería el objetivo real, oculto de su convocatoria?

Se encontraron en el Retiro al caer la tarde. Ella lo aguardaba puntual a la entrada que daba a la Puerta de Alcalá. Cuando le tendió la mano y se la estrechó —sintió un profundo escalofrío— lo entendió todo a cabalidad.

Había atrapado un pez, sí, la mano de una muerta que hiciera lo que hiciese ya jamás lo soltaría.

Nick

ERA luna llena. Nick veía la televisión en ropa de dormir, arrellanado en su confortable sillón. Se hallaba sólo en la casa pues su mujer y su hijo habían ido al pueblo vecino a visitar a su suegro.

Nick había cenado muy a gusto el cordero que Adela —así se llamaba su mujer— le había dejado preparado en la nevera para que él sólo tuviera que calentarlo. Ciertamente lo encontró delicioso. Le supo mejor que cualquier otro cordero que hubiese comido nunca, cocinado o no por Adela. Todavía ahora, mientras veía televisión, Nick se relamía de gusto recordando la exquisita masa carnosa en su boca.

En la televisión se hablaba de operaciones bursátiles y financieras, de fusiones bancarias, de subidas de índices en las bolsas internacionales. Todo aquello aburrió de pronto mortalmente a Nick que bostezó de forma aparatosa, presa del más profundo sopor. Haciendo un gran esfuerzo se levantó del asiento, apagó el televisor y salió al jardín.

El plateado fulgor de la luna lo bañó por completo. Desde el bosque circundante le llegó un soplo de brisa

fresca que le desarboló el pelo y lo anegó con los aromas vivificantes de la salvia, el tomillo y el romero. Obedeciendo un irresistible impulso, Nick recorrió el amplio jardín, desasosegado, sin saber a ciencia cierta qué quería, qué buscaba, pero de algún modo consciente de que algo muy vital le faltaba.

Alrededor de la medianoche sintió sed y la calmó en el estanque de rumorosa fuente. El disco de la luna se reflejaba hipnótico en el agua. Nick elevó la mirada hacia lo alto, fascinado.

Ahora ya sí sabía qué le faltaba.

Con los ojos fijos en la esplendente luna, erguido sobre sus poderosos cuartos traseros, soltó un único, terrible aullido interminable y corriendo a toda velocidad, jadeante, dejó atrás las lindes del jardín y se internó en la honda espesura del bosque.

Fantasma

SE convenció a la fuerza de que era un fantasma. Cada dos por tres se perdía, no se hallaba, palpaba y palpaba con mano nerviosa la entera extensión de su cuerpo y sólo encontraba vacío.

Diluvio (I)

EL primer día no llovió. Tampoco lo hizo el segundo. De ningún modo varió la situación el tercero. Y todos esos animales —¡nada más y nada menos que una pareja de cada una de las especies existentes!— apretujados allí, en la más completa y total promiscuidad, reclamando furiosos, con una atronadora algarabía, la prometida, anhelada Aventura...

Pero Noé ni se amilanaba ni se dejaba doblegar por el desaliento y continuaba allí en medio de pie, imperturbable, tozudo, escudriñando el firmamento.

Todo parecía ya del todo perdido, perdido por completo —¿era el día quinto?— cuando, entonces, súbito y terrible, bíblico, se desencadenó el Diluvio Universal...



Relato

YA estaba a punto de apagar el ordenador para irse a la cama cuando le ocurrió la maravillosa historia y de ningún modo pudo desprenderse de ella hasta que la tuvo concluida.

A primeras horas de la mañana la leyó —emocionada voz, humeante taza de café en la mano— a su mujer que fue viendo con creciente asombro cómo la vida de ambos quedaba referida de forma minuciosa en aquellas páginas memorables.

Al final, tal como describía con precisión el desenlace, los dos quedaron incorporados a la urdimbre del subyugante relato con el regocijo infinito de una pareja de adolescentes.

Diluvio (II)

DURANTE cuarenta y cinco días con sus correspondientes noches llovió sin tregua ni reposo sobre la vasta tierra reblandecida. Cuando por fin el agua cesó y el cielo quedó límpido y despejado, pletórico el corazón de regocijado alborozo vio él venir a la blanca paloma con su verde rama de olivo en el pico hacia el arca varada en lo alto del monte Arará.

Todo, pues, encajaba a la perfección en el bíblico relato.

“Pero, entonces”, se preguntó él desolado, “¿dónde está mi pareja...?”.

Mirada (II)

CUANDO ella dejó de mirarlo se desvaneció en el aire. Sólo cuando ella volvió a fijar sus fascinantes ojos en su insignificante cuerpo reapareció él en el luminoso espacio de la tarde como un ente de carne y hueso –visible, concreto, palpable.

Pero ahora –¡oh prodigio!– con la deslumbrante apariencia de un pavo real de esplendoroso plumaje.

Idilio

CURSABA el segundo año de Medicina cuando la conoció. La hermosa muchacha colmó todas sus expectativas, pues poseía sin duda cuanto él había soñado en una mujer.

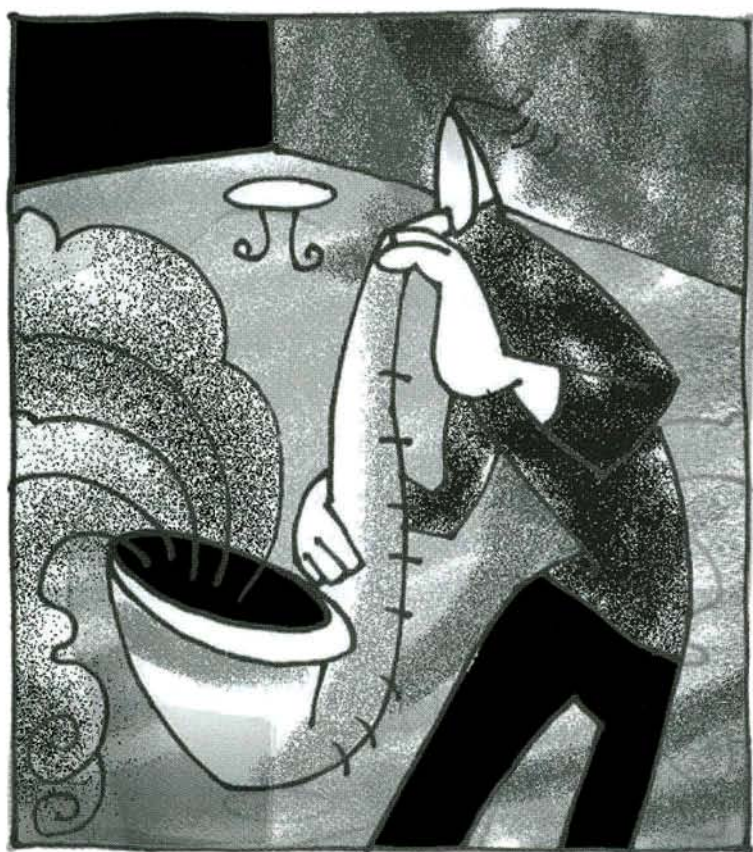
No tardó en pedirle matrimonio. La joven accedió gustosa: él era lo que cualquier chica de hoy ansía para sí.

En la ceremonia nupcial (íntima y sencilla), la joven pareja se comprometió (como es de rigor) a permanecer unida por siempre jamás “en las penas y en las alegrías, en la salud y en la enfermedad”, “hasta que la muerte nos separe”.

La cotidiana convivencia no hizo más que reforzar la magnitud de su amor.

Pero algo erosionaba sistemáticamente aquella indescriptible felicidad.

Dos veces por semana el joven estudiante de Medicina debía compartir el cuerpo de su adorable esposa con los compañeros de Prácticas de Disección de Anatomía II.



Quinteto

ERA un magnífico quinteto: saxo tenor, trompeta, piano, contrabajo y batería. Todas las noches tocaba a sala llena en The Jazz Alive, club de moda en el *Uptown* de Manhathan (New York).

Lo hizo así durante largo tiempo. Pero si bien las primeras semanas de actuación la dinámica formación interpretó con imaginación y creatividad el variadísimo repertorio que ofrecía a su exigente público, a partir de la décimo tercera semana todo cambió. (Fue por esas fechas –madrugada del viernes 15 de julio de 1955– que ocurrió el fatal accidente automovilístico que costó la vida a la totalidad de miembros del grupo).

El público del The Jazz Alive, aun cuando reverenciaba la música del célebre quinteto, empezaba a mostrar claros síntomas de hastío y aburrimiento, pues noche tras noche los cinco músicos interpretaban impávidos, en análogo orden, las mismas idénticas piezas.

Revelación (I)

HABÍA pasado una mala noche, asaeteado por terribles imágenes de horror, exterminio y derrota.

Pero el día arrancó con la estricta regularidad de siempre.

Despertado a las 6:00 AM por el timbre del reloj, saltó de la cama, se lavó, se vistió y desayunó en la cocina con excelente buen apetito, mientras con regocijado y mundano interés devoraba las últimas noticias de la prensa y de la TV.

Fue al momento de salir para la oficina (7:15) cuando el mundo se le vino abajo.

Su cuerpo atravesó limpiamente la sólida puerta de calle revelándosele así su recién adquirida condición de fantasma.

Días felices

LOS días felices eran justamente cuando más triste se la veía, pues como nunca vivía el presente si no el pasado o el futuro, o estaba llena de nostalgia por aquél o de pesimismo y lúgubres y negros presagios por el otro.

Conjuros

LA mejor manera de establecer contacto con un fantasma es pronunciar su nombre íntegro en un susurro tantas veces como sea necesario hasta que el mismo comparezca. Esto deberá hacerse a la medianoche o ya avanzada la madrugada en un lugar por completo deshabitado y silencioso.

Si cuando veamos materializarse ante nuestros ojos el maravilloso ser de ultratumba queremos retenerlo a nuestro lado, debemos cantarle una canción o en su defecto poner a su alcance un buen frasco de mermelada de fresa.

Conviene asimismo tener presente que los *plumb cakes* y las tartas de manzana en absoluto les disgustan, pero que sobre todo el baile acompañado de música de cadenas los vuelve rematadamente locos.

Si llega usted a cansarse de la presencia absorbente e incluso empalagosa —debemos tener en cuenta que son seres muy necesitados de afecto, en extremo melosos y dados a los más efusivos achuchones y arrumacos— del fantasma que lo visita en la medianoche, y quiere hacerlo

regresar a su hábitat natural hasta la medianoche del día siguiente, sólo tiene que mostrarle un Comerciante.

Pero si lo que desea es quitárselo de encima ya para siempre —es proverbial la inquebrantable fidelidad que muestran estas sutiles entidades del más allá en sus afectos—, debe hacerse acompañar de un Banquero y mostrárselo en el momento preciso en que desee que la ruptura definitiva entre usted el espectro se concrete.

Revelación (II)

LA gata me saltó encima de repente. En principio no comprendí a qué obedecía su actitud. ¿Me confundía con un gato? Más aún, ¿con *su* gato? Pronto caí en la cuenta —aquella forma de actuar no dejaba espacio a la duda— de que estaba del todo convencida de haber encontrado *por fin* su “gato ideal”, y que de ningún modo iba a dejarlo escapar.

Pero con todo fue mi propio proceder lo que más me sorprendió. Como lógica y natural reacción defensiva hubiera yo podido haber llegado incluso a golpear a la osada gata con el enorme y recio paraguas que portaba.

Pero nada de esto hice. Por el contrario. Con su impulsiva actuación la lúbrica gatita me vino a revelar de forma contundente quién soy: un bello e irresistible gato capaz de dar amor como el que más. Y, claro —como no podía ser menos—: ¡actué en consecuencia...!

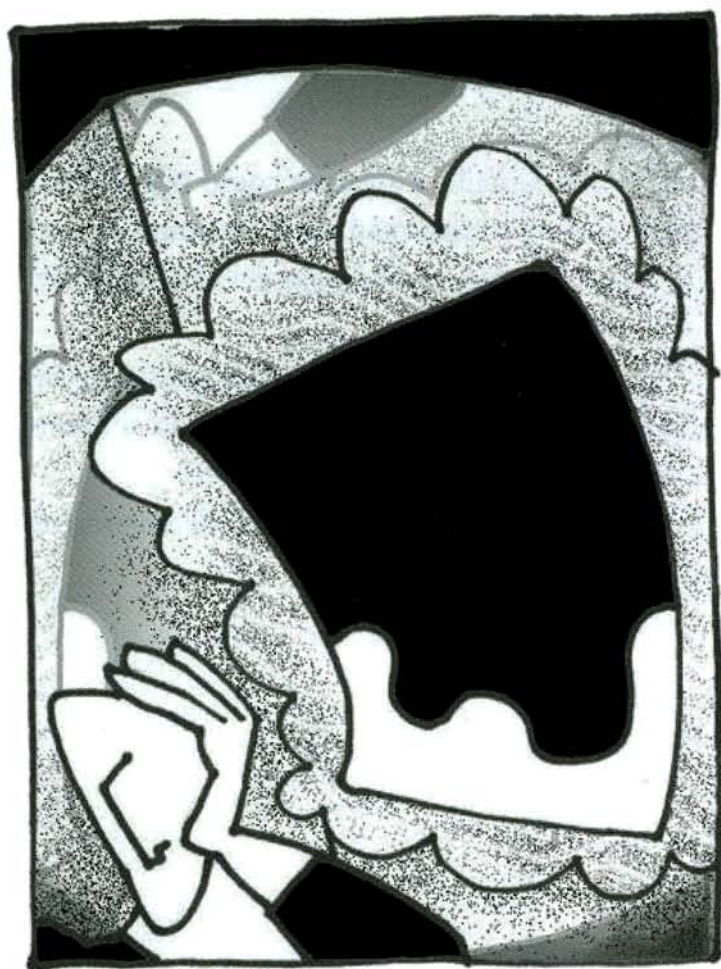
Encuentro (I)

SURGIÓ súbitamente en el solitario sendero del parque. Tenía un aspecto feroz y venía armado. El primer impulso de ella fue salir corriendo. Pero lo pensó mejor y decidió que debía darle la cara: si la iban a matar que lo hicieran de frente.

Entonces, en un instante mágico, eléctrico, los ojos de ambos se encontraron y, en vez de quitarle la vida, él le entregó la suya para siempre.

Cuadro

FUE en la madrugada del 2 al 3 de mayo del año 1952 cuando se le reveló que ya jamás despertaría de aquella pesadilla atroz. El cuadro que la reproducía con rigurosa y estricta fidelidad –*El tres de mayo de 1808* o *Los fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío*–, ahora aquí ante sus ojos en la solitaria sala 64 de la planta 0 del Museo Nacional del Prado de Madrid (España), había sido pintado por Francisco de Goya y Lucientes en el primer cuarto del siglo XIX.



El otro

HOY entré al baño a asearme como hago de forma habitual y rutinaria cada mañana al levantarme, y al mirarme detenidamente en el espejo del lavabo no me reconocí.

El rostro que me observaba desde la pulida superficie poblada de engañosos reflejos era sin duda el rostro de otro, de ningún modo el mío de siempre.

¡Y horror de horrores!: al momento de vestirme tampoco *mi* ropa me sirvió.

El mejor de los cuentos posibles

LEÍA en la alta noche arrebujaado en las sábanas. Era sin duda el mejor de los cuentos posibles. Conforme lo devoraba (porque literalmente lo *devoraba*) el portentoso relato se deshacía en el aire y en igual medida y proporción su propio cuerpo se consumía...

Cuando arribó al final de la sutilísima historia (¿cómo iba él a sospechar que ambos estaban hechos de una misma, idéntica sustancia?), desapareció...

El arquero

TENÍA la certeza de que daría en el blanco. Así lo proclamaba la leyenda desde la noche de los tiempos. De ahí su seguro y reposado continente cuando elevó el arco, lo tensó y soltó la flecha.

Pero ¡ay!, no era Guillermo Tell y ni siquiera era suizo...

La flecha se hincó en la frente del niño (su hijo) que cayó al suelo, muerto, mientras la roja manzana rodaba a su lado, intacta.

Astro rey

CUANDO se fue a poner el sombrero –el sol picaba fuerte ahí fuera– descubrió que ya no tenía cabeza. Con-turbado (no era cosa fácil aceptar verse así de pronto sin aquella idónea percha para la costosa y preciada prenda) la buscó empecinadamente por todos los rincones de la casa sin lograr dar con ella.

“¿Dónde había podido meterse esa descocada?” Dán-dose ya por vencido (era vendedor de Seguros de Vida y tenía un ineludible compromiso de trabajo a las 3:00 PM) salió a la calle.

El sol brillaba rabiosamente allá en lo alto.

De golpe vio (¡ah!, no cabía en sí de asombro) cómo la enorme bola de fuego descendía veloz y ocupaba el lugar preciso –ahí justo sobre su fornido cuello y entre los hombros– que otrora ocupara su loca cabeza.

Desde entonces todos en el pueblo lo llaman el “Astro Rey” de los vendedores de Seguros de Vida.



Los ojos del amo

SIEMPRE le oía decir lo mismo:

–El ojo del amo engorda al caballo.

Hasta que un día, interpretando de forma impecablemente correcta el valor generalizador del sustantivo masculino singular “ojo” en la lacónica sentencia, el perspicaz animal le sacó los dos al amo y primero se comió uno y, luego, el otro...

Quiebra

EN cuestión de días había perdido la totalidad de sus bienes. Mas el hecho ya no le quitaba el sueño. En la vorágine atroz en que se había convertido su vida su única preocupación vital era salvar su alma.

Por eso tomó la firme resolución de ponerla a plazo fijo en un sólido Banco local.

Olvido

FALTANDO escasos minutos para la medianoche corrió como una exhalación hacia la puerta de salida de palacio, abordando de un ágil salto la hermosa carroza que ante ésta ya por ella aguardaba.

Desde el elevado pescante restalló el cochero el poderoso látigo y el fastuoso carruaje (tirado por briosos corceles) partió raudo con su liviana carga a través del oscuro y tortuoso laberinto de calles desiertas.

No fue hasta cinco o seis cuadras adelante que cayó ella en la cuenta (herido de muerte el corazón) de que el Príncipe jamás lograría encontrarla, pues en su precipitada huida no había atinado a dejar su menuda y delicada zapatilla de cristal en el salón de baile.

La cena

LA cena fue extraordinaria: variadísimos platos a cuál de todos más vistosos y succulentos. Lister comió y bebió tanto que ahora sentía la panza (ya de por sí voluminosa) como un atabal.

Cuando ataviados con sus elegantes fracs los músicos de la orquesta empezaron a ocupar disciplinadamente sus lugares precisos en el escenario, dos fornidos operarios transportaron a Lister (no sin dificultad) a la sección de Instrumentos de Percusión.

El hecho no sólo no le sorprendió lo más mínimo sino que incluso lo llenó de gozo. Durante las dos horas largas que duró el concierto, Lister sonó de forma ya dramática, ya marcial y amenazadora, ya alegre y jubilosa bajo los bien calibrados impactos del diestro percusionista, enriqueciendo de forma notable, desde su modesta condición de atabal, el policromado magma sonoro de la bien afinada y acompasada orquesta.

Retorno

SE diluye ante ti la realidad como se diluyen los cubitos de hielo en tu bebida de verano. La voz se te apaga, se apaga el brillo de tus ojos, tu cuerpo se doblega, pierden fuerza y vigor tus músculos, se reblandecen tus articulaciones y de golpe... ya no eres... Te has transmutado en materia inasible, impalpable, ectoplasmática...

Sea como fuere ya lo tienes asumido. Sabes que así será cada vez con mayor intensidad y con mayor frecuencia. De momento has estado retornando a la realidad material, concreta, verificable, palpable, tocable...

Pero sabes con absoluta certeza que en cualquier instante te quedas en ese otro ámbito de fría lejanía y oscuridad y ya no regresas...

Encuentro (II)

FUE un domingo en el parque. Con el periódico bajo el brazo buscabas un banco con sombra en el cual poder sentarte a leer a gusto. El niño (no tendría más de siete u ocho años) te vio de pronto y dejando súbito el que ocupaba junto a su madre (bellísima y sofisticada joven que leía absorta una afamada revista de modas), se llegó hasta ti y, acompasando su paso al tuyo, te fue haciendo toda suerte de preguntas.

Cuando en respuesta a la que resultó ser la última —“¿Y tienes tú papá?”—, tú le explicaste que sí, pero que éste se te había muerto hacía ya bastante tiempo, el niño arrugó el entrecejo y, tajante y dogmático, casi con rabia en la voz, te espetó:

—¡Ah!, ¡eso es que o era muy malo o muy viejo!

La aterciopelada voz de la joven, que había dejado el banco y caminaba ahora hacia donde tú te encontrabas con la revista de modas bajo el brazo, te rescató del acoso de la angelical criatura:

—¡Gabriel, cielo: no molestes más al señor!

El niño obedeció de inmediato y voló raudo junto a su bella progenitora sin despedirse de ti y sin siquiera volverse un instante a mirarte. No se lo reprochaste en lo absoluto; todo lo contrario; agradeciste de corazón que así lo hiciera.



Intolerancia

FELICIA dice –está muy contrariada– que él, su yerno, es de otra cultura y de otro país y de otra raza, y que así ¿cómo lo va a entender?...

Hoy la cosa se le ha complicado de forma dramática: la buena mujer ha descubierto (ya absolutamente conternada) que además (el yerno) proviene de otro planeta...

El lector

LEÍA sin tregua ni reposo, de ningún modo podía dejar de leer, estaba condenado (cuando, en qué momento y por quién no le era dado dilucidarlo) a aquella lectura cuyo fin no se vislumbraba y cuyo objeto tampoco, pues según todos los indicios éste no era otro que la lectura en sí misma, de modo y manera que el esforzado (y ¿resignado?) lector pasaba páginas y páginas a la izquierda de aquel libro infinito y otras mil brotaban a la derecha como hongos o líquenes o flores silvestres...

Novios*

SE habían hecho novios hacía poco. Aquella noche entraron al cine no tanto a ver la película como a besarse. En cuanto se apagaron las luces sus bocas se acoplaron con furia haciéndose una sola y metiendo el ruido característico de los besos apasionados.

Algunos espectadores parecieron no darse por enterados, pero los más se revolviéron irritados y molestos en sus asientos, soltándoles *sotto voce* mil maldiciones e improperios.

No obstante, los jóvenes amantes –ajenos por completo al entorno: ni siquiera veían el magnífico largometraje en technicolor y cinemascope que se desplegaba ante sus ojos– continuaron besándose como locos.

Al cabo de dos horas –duración exacta del *film*– los dos sintieron al unísono asco de besarse en la boca y decidieron dejar de ser novios...

Pero entonces cayeron en la cuenta (horrorizados) de que eran los protagonistas de la película y estaban por tanto condenados a besarse eternamente...

* Variación sobre un tema de una poetisa cubana de Camagüey nacida en 1984

La escalera

CUANDO aquella noche de sábado penetró en el recibidor del imponente edificio de apartamentos del centro de la ciudad, se encontró con que el fluido eléctrico estaba cortado. No era pues posible usar el ascensor y resuelto como estaba a llegar cuanto antes y a como diera lugar a donde sus amigos lo esperaban —uno de los apartamentos situados en el decimotercer piso—, optó por tomar las escaleras.

Acometió el ascenso con resolución y optimismo. Mas escalón que pisaba, escalón que se multiplicaba por diez o por quince alargando ostensiblemente la escalera. Así, tras sucesivos intentos, comprendió que nada podía hacer, que jamás alcanzaría el apartamento donde sus amigos lo esperaban y se apresuró a acometer el descenso...

Pero entonces cayó en la cuenta —ahora sí del todo consternado— de que cada escalón que pisaba se multiplicaba no ya por diez o por quince como cuando subía sino por veinte o por treinta, alejando vertiginosamente el suelo...

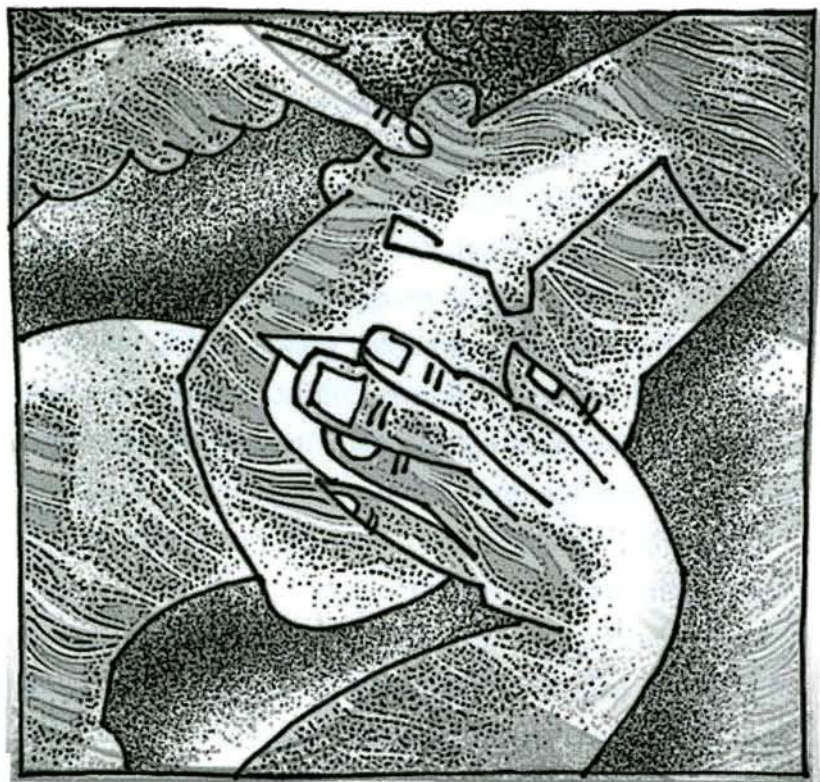
Llave

ME regalaron una llave, lo hicieron (de esto no me cabe la menor duda) con la mejor de las intenciones. Pero deliberadamente o no esta llave resultó ser un regalo fatal que vino a cambiar de forma radical mi vida.

No puedo tenerlo más claro. Desde que la pusieron en mis manos (aquí la tengo en el bolsillo del pantalón) la llave me domina por completo, es la dueña absoluta de mi voluntad y yo soy fatalmente su esclavo, pues de la mañana a la noche busco con obcecado afán (no hago otra cosa) la puerta que abre, la puerta en la que se halla la cerradura en la que ha de encajar, la puerta que habrá de llevarme a saber a qué recámaras y/o habitaciones ignotas, secretas, a qué otros ámbitos enrarecidos, a qué extremas dimensiones de lo desconocido...

Sombra

SIEMPRE acude rigurosamente puntual a la cita no acordada, ya se adelanta a sus pasos, ya lo sigue con tenacidad y persistencia incommovibles, ya se coloca a su lado como una igual, con el más absoluto descaro, altanería e impertinencia imaginables, demostrando de forma fehaciente cuán notables vienen siendo sus progresos en el desarrollo de una voluntad propia y cómo crecen sus niveles de autonomía e independencia, hasta qué punto está logrando asumir por entero el mando de su vida. ¡Ah!, viéndola ahora aquí (¡como siempre a esta hora!) adherida al pavimento como un negrísimo betún viscoso, a cada instante más nítida y definida, mientras él cada vez más ostensiblemente se diluye y afantasma, le resulta palmariamente evidente que terminará suplantándolo por completo en todos sus papeles estelares.



El pianista

SIEMPRE soñó con tocar el piano, y ahora que por fin lo había logrado resultaba que el magnífico instrumento todavía no había sido inventado y sólo el clavecín existía.

Ajuste de cuentas

HABÍA realizado el acto numerosas veces en los últimos tiempos con meticulosa y precisa eficacia, con la más atroz deliberación y sangre fría, pero siempre con el mismo penoso resultado.

Tras desarrajarle el tiro (de forma sistemática en la sien izquierda) el “otro” retornaba de su oscuro mundo inerte y tierna y mansamente se acomodaba a su lado, siguiéndolo de noche y de día adondequiera que él se desplazara como un fiel animal de compañía.

Pero hoy no tendría la menor posibilidad de retorno. No. De ello no le cabía la menor duda. Muy sagazmente (¿cómo no se le había ocurrido antes la brillante idea?!) había decidido variar la dirección del tiro.

Y en efecto, tal como lo previó, pasó. El “otro” en ningún momento dio señales de volver a la vida. Todo lo contrario. Esta vez fue él quien antes de que el eco del disparo (contra su sien derecha) se apagara, cayó al suelo, muerto.

La llamada

TODAS las noche a las doce sonaba en su apartamento el teléfono. Corría presuroso hacia éste y cuando descolgaba el auricular oía cómo la misma voz repetía invariable:

“El día se acerca”.

Antes de que pudiera decir algo, colgaban.

Hoy se había repetido la misma situación, sólo que con una dramática variante. Esta vez no le habían colgado y, antes de que pudiera decir nada —supo que se había cumplido el anunciado plazo—, cayó al suelo fulminado por un infarto.

Única línea

EL escritor escribió una sola línea y con ella le abrió las puertas de la plenitud a su único lector.

Completamente satisfecho con su logro, el escritor dejó ya para siempre la pluma y jamás produjo una línea más.

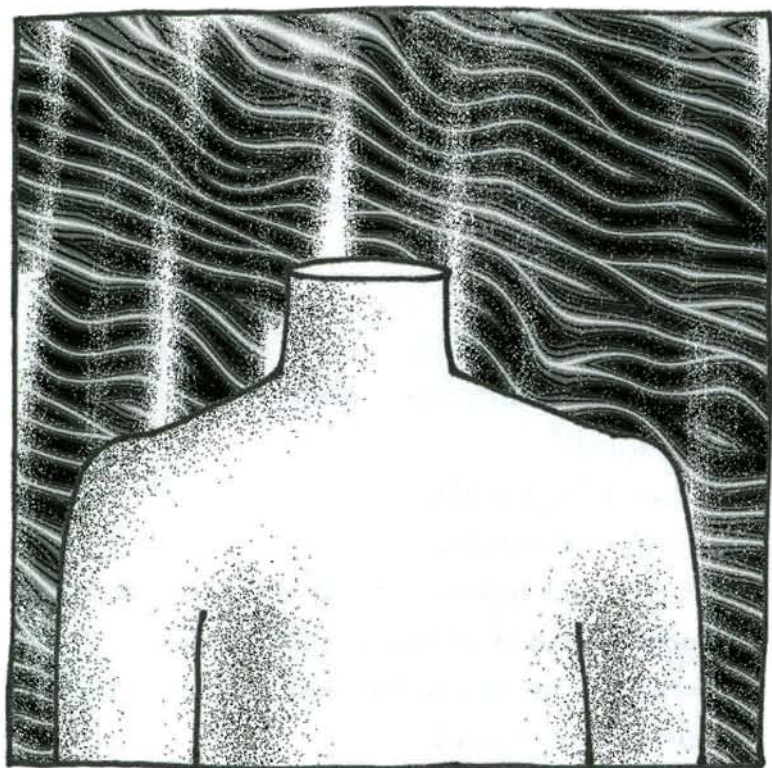
Lectores y escritores del mundo entero se afanan desde entonces por encontrar esa única línea prodigiosa perdida en el piélago de la vasta literatura, que es decir de la infinita imaginación humana.

Persecución

TE sigue el siniestro ser como sombra tenaz por el dedalo de callejas sombrías. ¡O despiertas o estás perdido!

La cabeza en su sitio

EN qué momento había perdido la cabeza no podía recordarlo, justamente porque ya no la tenía consigo. Sólo sabía que en lo adelante —esto era bueno— no se daría más de cabeza contra la dura Realidad y que, asimismo —esto era muy malo—, ya jamás disfrutaría de la placentera sensación de tener la cabeza en su sitio.



La tarea del héroe

EL héroe se aprestaba a acometer con sus entusiasmo y determinación habituales la nueva tarea, para la cual habíase preparado a conciencia, con entera dedicación, durante los últimos meses.

“¿Cuál toca esta vez”, preguntó animoso, dentro del nutrido, expectante público, un clérigo regordete y bajito a un señor recio y enjuto que se hallaba tras la valla, “lo sabe usted?”

Le había preguntado sin saberlo al escudero del héroe, quien le respondió:

“Sí, ciertamente lo sé, por algo soy el escudero, pero no puedo revelar el secreto, moriría en el acto, y usted también, y el mismo castillo caería piedra sobre piedra, completamente derruido.”

“No tengo más remedio que guardar silencio, como el propio héroe, mi señor, lo hará en pocos minutos ya para siempre. Y yo con él”.

El taxista

SUBO al taxi con resolución y entusiasmo, pero olvidado por completo adónde voy, de modo que no puedo comunicárselo al taxista. Decido entonces bajarme, pero resulta que el taxista, más resuelto y avisado que yo, me lleva a un sitio estupendo (todo él lleno de frondosos árboles que proyectan fresca sombra y con bellísimas estatuas de mármol por doquier) que me encanta y, donde, claro está, no tengo más remedio que quedarme, ya para siempre jamás.

El trompetista

EN cuanto se llevaba la trompeta a los labios y soplabá, siempre poniendo en ello todo su ser, llenaba el aire de tristísimas melodías, intensísimos blues rotos.

Los que lo escuchaban caían unos encima de los otros como piezas de dominó para ya no levantarse jamás.

Aquellos cadáveres fueron bautizados popularmente como “los azulitos”, dada la intensa coloración en aquella melancólica tonalidad que todos exhibían.

Calor

EL calor era infernal, sudaba a mares, tenía la garganta reseca, apenas sí podía respirar. Desesperado, se desprendió de la ropa y corrió fuera de la casa, hacia el frondoso jardín, buscando con ansias el vivificante frescor del agua.

Ya se lanzaba de cabeza a la piscina cuando despertó.

No le dio siquiera tiempo a espantarse. El pavoroso incendio desatado en el dormitorio a partir de la colilla del último cigarrillo que había consumido, devoró su cuerpo con insólita presteza.

Huésped

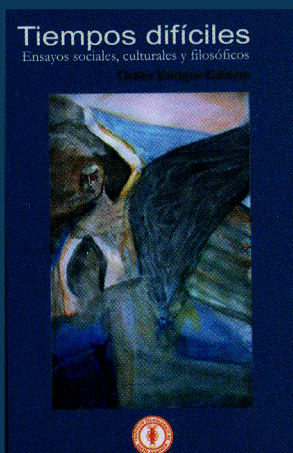
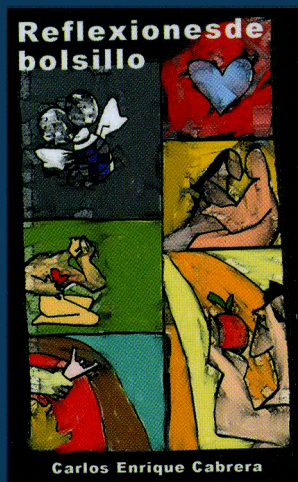
CUANDO vio la larga y desencajada figura de don Quijote, lanza y escudo en ristre, materializarse en el centro del salón, no se sorprendió lo más mínimo. Siempre supo que un personaje de ficción bien logrado está más palpitantemente vivo que cualquiera de los seres de carne y hueso que inficionan la Realidad y con los que el azar nos obliga a compartir la existencia. Y más aún, que esta verdad es todavía más verdadera en relación al viejo hidalgo manchego devorador de libros de caballería que con cualquier otro personaje de la vasta Literatura Universal. De modo que, sin apartar la mirada del recién llegado huésped, dejó el volumen II del *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* sobre la mesita a su lado y, saltando presto del asiento, caminó jubiloso (y sintiendo en el alma un íntimo e irrenunciable regocijo que se asemejaba en todo a una maravillosa recompensa) al encuentro del *Caballero de la Triste Figura* que, como no podía ser menos, venía en compañía de su gordo y simple

escudero Sancho Panza, con el que sostenía un intrincado e interminable diálogo al que él sin duda se incorporaría ya para toda la eternidad...

Esta primera edición de *Conjuros y otros microcuentos*,
de Carlos Enrique Cabrera, se terminó de imprimir
en los talleres de Editora Búho, en el mes de junio de 2013.

La edición consta de 500 ejemplares.

OTROS LIBROS DEL AUTOR



No se llamen a engaño. Nada de casual o de ingenuo hay en estas señales. La exigencia de un lector activo se encuentra contenida en el propio título del volumen. Un *conjuro* es encantamiento, hechizo, pero es también la acción de *conjurar*; es decir, la unión de varias personas bajo juramento para conspirar. Con este libro, Carlos Enrique Cabrera les invita a entrar en la conspiración de la literatura abrazados al más rotundo compromiso espiritual. ¡Están advertidos!

José Fernández Pequeño
(escritor)

Muchos buenos microcuentos en tu libro, los cuales leí y repasé con ojos de enfermo que se niega a morir. Me gustaron especialmente "Jinete", "Años perdidos", "Diluvio II", "Idilio", pero sobre todo me transporté cuando leí "El taxista" y "El trompetista". Me gustaría que escribieras otro libro, con más temores, miedos, tumbas, gente caminando de espaldas en los cementerios, noche fría, un panadero en su bicicleta en plena neblina... Veo que tienes muchos recursos y muy buena prosa, y la capacidad para retener al lector con tus travesuras que desde ya viven en nuestra literatura.

Roberto Rímoli
(Periodista-psicólogo)



ISBN 978-9945-472-22-6



9 789945 472226